

## Duarte, el maestro permanente

Por Argentina Henríquez

El ponerse en contacto serena y reflexivamente con el pensamiento de Juan Pablo Duarte, es como navegar en un mar de infinitas y profundas aguas, infinitas no por la abundancia de sus ideas, sino por la perennidad de los criterios que encierra, expresión acabada de la vida humana, vivida a plenitud, espejo de mano donde contemplamos la imagen del hombre coherente, sincero, que tanto admiramos, necesitamos hoy y que nos apasiona tanto.

Unida a esa añoranza del hombre y la mujer, decimos así porque nos parece que hay muchos que le tienen usurpado el nombre, porque sus vidas mediocres distan mucho de la dignidad humana. Duarte nos trae también la nostalgia del maestro. ¿Puede Juan Pablo Duarte decirnos algo sobre el maestro? ¿Tiene algo que mostrar al maestro de hoy? Analicemos sus hechos y su pensamiento buscando nuestra respuesta.

Se afirma hoy que ser maestro es educar para la libertad y en la libertad, es enseñar a ser persona, a ser ciudadano, a vivir nuestra naturaleza personal-social. Duarte, hombre amante de la libertad, vive la libertad, desea que todos los hombres la amen, la estimen, luchen por su conquista. Él es un ejemplo puro de educador de la libertad de sus conciudadanos.

De regreso a su patria en 1832, después de un viaje de estudios fecundos por varios países de Europa, trae en su corazón el deseo de realizar en la tierra que lo vio nacer “los fueros y libertades de Cataluña”. Este primer gesto de Duarte es ya la puesta en ejecución de una profunda vocación de maestro. Afirma un educador contemporáneo que la “educación es una práctica de la libertad dirigida hacia la realidad de la que no teme; más bien busca transformarla, por solidaridad y espíritu fraternal”. “Es fuerza para el cambio y para la libertad” (Paulo Freire).

En un estudio reciente nos dice la UNESCO: “una de las tareas esenciales del maestro es la de transformar las mentalidades”. En estas dos afirmaciones queda definida la misión de los hombres de nuestro pueblo sobre la realidad concreta en que viven y prepararlos para actuar eficazmente sobre ella. Ser libre es saber dar razón de sí, disponer de sí, hacer libremente el bien. A esto iba encaminada la acción educadora de Duarte entre sus compañeros; llegar a hacer realidad entre los habitantes de la parte Este de la isla, el saberse dominicanos solamente, independientes, libres; obrar libremente el bien de la creación de nuestra nacionalidad y disponer de nuestra patria como un ente autónomo, distinto de Haití y de las demás naciones del mundo.

Sin prisa, pero a ritmo dinámico va forjando la conciencia nacional, va dejando caer sus ideas que tienen el peso del convencimiento y la cólera de la reflexión no apasionada de los hechos y las cosas “*Vivir sin Patria es vivir sin honor*”. “*Aprovechemos el tiempo*” afirma. ¡Cuánto dicen estas palabras a los maestros de hoy! Época de cambios acelerados, de diarios descubrimientos, de inacabables conquistas, que sólo son alcanzados por los ánimos esforzados.

El vínculo sobre el cual giraba la lucha por la libertad de Duarte, es el amor a la Patria y el amor a los hombres: “*por desesperada que sea la causa de mi Patria, siempre será la causa del honor y siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre*”. “*¡Patria tan cara a mi corazón!*”, “*El mío –mi corazón, decía- aún ha permanecido abierto al amor de mi Patria, a los encantos de la amistad y*

*hallándome aún dispuesto y como en los primeros días de mi adolescencia a sacrificarlo todo en sus aras... sus amigos son los míos”.*

La calidad humana de Duarte imprime en el ánimo decepcionado de sus contemporáneos, la nota del hombre que cree en los hombres, las mujeres y porque cree espera de ellos y ellas lo mejor, porque posee corazón grande y abierto para amar. Así queridísimos compañeros es el corazón del auténtico maestro, libre para amar todo lo bueno que hay en sus alumnos sea cual sea su condición y talento. Duarte estimuló y alentó cuantas cosas buenas encontró en la juventud de su época, entre los amigos y familiares, así como en todos aquellos que tuvieron la dicha de trabajar a su lado. *Vivió “sin odios y sin venganza en el corazón”*, según afirma al escribir a Félix María del Monte, compañero en los ideales de libertad y autonomía.

Duarte amaba a los hombres, y porque los amaba fue siempre para ellos el animador de la virtud: *“sed justos lo primero, si queréis ser felices. Este es el primer deber del hombre; y sed unidos, así apagaréis la tea de la discordia y venceréis a vuestros enemigos y la Patria será libre y salva. Yo obtendré la mayor recompensa, la única a que aspiro, a veros libres, felices, independientes y tranquilos”*. Así educó a sus conciudadanos en la bondad, en la nobleza política y en el respeto a la ley; él iba delante en su cumplimiento para hacerla amable a sus discípulos.

Duarte es el maestro por antonomasia de los dominicanos porque supo educarlos en la libertad responsable para el bien, viviendo él personalmente como hombre libre. Libre de la corrupción, del dinero y la lisonja, del honor y el soborno. Al hacer estas afirmaciones me parecía describir las actitudes cívicas que deben adornar a todo maestro; su insobornable civismo parece salido de una de las páginas de Homero o de las no menos ilustres primeras comunidades cristianas. Duarte es maestro con el pensamiento, con la palabra y el ejemplo. Es el maestro de la juventud que pide menos palabras y mejores hechos.

Su intuición de maestro le hizo valor el gran poder transformador de la educación. Como haría un buen educador de nuestros días supo aprovechar todos los recursos humanos para la educación sin dejarse inmovilizar por el fantasma de la carencia de recursos.

“Dame una vocación y yo te devolveré una escuela, un método y una pedagogía”, afirmaba Pedro Poveda. Duarte aprovecha al máximo los recursos que tuvo a su disposición sin angustias, sin desalientos y sin nerviosismos; con paz, equilibrio y hasta con gracia, testimonios recogidos de su época nos hablan de su infancia y de su apostolado. Luchaba por la verdad consciente de que la mentira y el mal no pueden ser eternos; pero conocedor de la historia, sabe también “que el tiempo no perdona las cosas que se hacen sin él”. Enseñó como maestro la necesidad de la paciencia, de la espera confortante porque la semilla ha de encontrar buena tierra.

Duarte es maestro de corazón generoso, desprendido, no busca su propio beneficio *“todos pensaban en favorecer sus intereses; ninguno los de la Patria; mi negativa me trajo malas voluntades de las que más tarde sufrí las consecuencias”*, así recordaba apenado al ver malograrse los ideales patrios que él había forjado y preparado en el corazón de los genuinos dominicanos porque los entreguistas..., no vieron la eternidad de su idea, afirmaba años más tarde, sin tristezas porque sólo Dios y la Patria le tenían atado el corazón.

Decíamos anteriormente que ser maestro es ser educador de la conciencia ciudadana, pero pocos hombres en la historia encontramos que hayan entregado su vida toda a esta noble, pero no siempre valorada labor. La razón de su desprestigio puede estar en que muchos pretenden manchar y destruir su imagen, en que fácilmente se mezcle el trigo con la cizaña; pero el pueblo tiene la suficiente intuición para descubrir cuando es engañado. Duarte también tuvo experiencia de esto y nos avisa: *“nada hacemos con estar excitando al pueblo y conformarnos con esa disposición sin hacerla servir para un fin positivo, práctico y trascendental”*. Quiere por eso, colaboradores comprometidos de cuerpo y de alma: *“el amor a la Patria nos hizo contraer compromisos sagrados con la generación venidera, necesario es cumplir o renunciar a la idea de aparecer ante el tribunal de la historia con el honor de los hombres libres”*.

Esta afirmación duartiana es de suma trascendencia para el maestro, el cual no es más que el hombre comprometido con las generaciones que le toca vivir y sólo en la medida en que vive sus necesidades y aspiraciones, con sus temores y esperanzas, está educando, está en condiciones de dar respuesta válida a las exigencias de la historia, de la mujer y el hombre concreto, del yo individual. El hombre moderno reclama de los otros, “fe en él y en la vida”, “solidaridad activa con los hombres y sus demandas de otra sociedad mejor, trabajo y amor espontáneos capaces de volverlo a unir con el mundo, no ya por sus vínculos primarios, sino salvando su carácter de individuo libre e independiente y responsable, ante los otros, ante la sociedad” (Erich Fromm).

Artículo extraído de:

*Boletín Maestras y Maestros: Prácticas y cambio*. Febrero 2003, No. 50, pág. 9-11